

GEOGRAFÍA Y AMBIENTE

Carlos Reboratti

INTRODUCCIÓN

En los últimos años, y uniendo el descubrimiento de fenómenos ambientales globales relacionados con la actividad humana con la aparición pública del ambientalismo, lo que podríamos llamar la “cuestión ambiental” ha tomado mucha fuerza en el mundo y especialmente en América Latina. Teniendo eso en cuenta, podríamos preguntarnos: ¿qué tiene que decir la geografía al respecto y como debería hacerlo? ¿Es esta la oportunidad de reunir a la geografía física con la humana? Para responder esas preguntas quisiera desarrollar, tratando de unirlos, el tema ambiental con la evolución de la geografía en general y específicamente en América Latina, para buscar puntos de concordancia y, por qué no, de disidencia. Y para eso es conveniente comenzar con analizar nuestra propia disciplina.

UN VIEJO PROBLEMA DE DEFINICIÓN

La geografía, tal vez en mayor medida que otras disciplinas, se ha desarrollado a lo largo de distintas tradiciones, no necesariamente consecutivas sino paralelas o por lo menos parcialmente superpuestas, desarrolladas en diferentes países y en diferentes lugares. Superpuestas a estas tradiciones se han desarrollado escuelas, tendencias y aproximaciones diversas, dando como resultado una gran confusión. Esta confusión está bien representada en la forma en que los propios geógrafos la han definido. Si ubicamos su “nacimiento” como disciplina independiente a fines del siglo XIX con su institucionalización universitaria (Capel, 1981) –lo que para muchos sería casi pecaminoso, ya que llevan sus orígenes al mundo clásico–, en éstos más de cien años ha pasado sucesiva o paralelamente a ser definida, entre otras, como una ciencia del paisaje, de la organización del espacio, de las relaciones espaciales, de la organización espacial de la sociedad, de la dimensión espacial de lo social y de las distribuciones en el espacio.

Un tema básico en esta controversia es la ya vieja discusión sobre su objeto de estudio. Efectivamente, mientras en otras disciplinas este tema está claro –la zoología trata de los animales, la geología de las rocas, la botánica de las plantas, etc.–, en geografía podemos tener opiniones bastante diferentes sobre su objeto de análisis, que coincidentemente con las definiciones anteriores puede ser considerado, entre otros, el lugar, el medio, el espacio teórico, el espacio concreto, el espacio social, el paisaje, la región, el territorio o la relación hombre-medio. El problema radica en que la mayor parte de estos “objetos” no son obvios y merecen para el lector desprevenido una aclaración, lo que evidentemente le quita diafanidad a la disciplina: si para definirla elegimos como su objeto de estudio algo que a su vez requiere una definición, la situación, para el observador externo, tiende a complicarse.

Una posible solución, muy cara a una parte de la tradición francesa, es pensar que su objeto es el estudio del “espacio geográfico”, pero esto parecería un poco tautológico, al estilo de los malos diccionarios: ¿qué hace la geografía? analiza el espacio geográfico; ¿qué es el espacio geográfico? lo que analiza la geografía... ¿Quién podría definir que es “el espacio geográfico” sin introducirse en una extremadamente compleja discusión epistemológica que seguramente nos llevaría a la dudosa conclusión que solamente los geógrafos

realmente comprendemos lo que es el espacio geográfico?. Parece una broma, pero esta actitud de mirarse el ombligo (¿en este caso el geomblogo?) nos ha mantenido hasta no hace mucho muy separados de otras disciplinas, que entre asombradas y divertidas o simplemente indiferentes nos miraban discutir interminablemente sobre algo muy parecido al del sexo de los ángeles.

Otra solución adoptada por algunos (y denostada por muchos) es otra tautología: la Geografía es lo que hacen los geógrafos, una respuesta algo airada que pareciera provenir de alguien que se ha cansado o aburrido de la interminable discusión.... Discusión que proviene del hecho de que a lo mejor no hay una geografía sino varias, y por ende varias tradiciones, pasadas, presentes o futuras, que corresponden a varias formas de “hacer” la geografía. (Johnston, 1998)

El notablemente complejo panorama de lo que antes se conocían como “ramas” de la geografía proviene de un proceso de conformación de lo que podemos llamar el “campo” de esa disciplina, que combinó líneas teóricas y epistemológicas con particiones nacionales, situaciones institucionales y posiciones relativas de la disciplina en el ámbito académico con respecto a otras y en relación con su imagen pública.

La tendencia hacia la fragmentación (tal vez lo que Livingstone llama “el imperativo posmoderno de la pluralización”) (Livingstone, 1995) se ha hecho cada vez más fuerte, y las clásicas clasificaciones con las cuales nos atosigaban en la escuela (política, económica, urbana, rural, regional) han explotado en decenas de categorías y subcategorías, acercándose a lo que Johnston llama “una colección de comunidades académicas, relativamente aislada y enfocada en un centro vacío” (Johnston, 1998: 144). Por ejemplo, para Peet (1998) la geografía moderna se podía pensar como desarrollándose en paralelo en nada menos que diez escuelas de pensamiento.

Esta tendencia “rizomática” en la expresión de Hiernaux y Lindón (2006), ¿estará realmente indicando que el núcleo de la disciplina solo lo ocupa un nombre, el de Geografía, vaciado ya de contenido?

TRADICIONES GEOGRÁFICAS

Dado el desarrollo relativo de la disciplina, el número de Universidades y centros de investigación en las cuales se ubica, el volumen de producción aca-

démica y la influencia que tuvieron y tienen en nuestros países, para comenzar es conveniente analizar el desarrollo de la fragmentación disciplinaria comenzando con los países del Norte, básicamente los de habla inglesa y francesa.

Para la geografía de origen anglosajón, siguiendo un clásico trabajo de Pattison luego enriquecido por otros autores (Pattison, 1990; Robinson, 1976; Livingstone, 1992) existían por lo menos cuatro “tradiciones”: los estudios de área (esto es la visión corográfica o regional), los estudios sobre las relaciones hombre-tierra (el viejo determinismo, los análisis que promovió Sauer y luego los relacionados al ambiente), las ciencias de la tierra (la Geografía Física) y el análisis espacial. Según el mismo autor “todas tendiendo a desplazar la una a la otra, cada definición ha dicho algo de verdad sobre la geografía, pero cada una ha también fallado. Todas adoptaron, de una u otra forma, una visión monística, una única preferencia que seguramente omitía, si no apartaba, muchos profesionales que, con buena fe, continuaban participando creativamente de la gran empresa de la geografía” (Pattison, 1990:202). Más modernamente, Turner (2002) hablaba de solo dos tradiciones, la espacial corológica y la del hombre-ambiente, y refiriéndose al mito de la unidad a que lleva el holismo, decía que en la práctica se manejaban cuatro tradiciones paralelas de investigación: la del lugar y espacio, la de sociedad-ambiente, la Geografía física y las ciencias cartográficas.

Estas tradiciones se referían específicamente al universo al cual se acercaba la Geografía, y podían ser atravesadas por distintas aproximaciones epistemológicas (también “tradiciones” a su manera): el empirismo, el cuantitativismo, el marxismo, el humanismo, el posmodernismo y los enfoques críticos, en lo que se han dado en llamar “escuelas de pensamiento”.

En Francia la tradición regional empirista fue preponderante hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando fuera cuestionada (cabe aclarar, en términos no demasiado violentos) por los cultores de una Geografía más centrada en lo temático y en otras escalas y con una posición que tomaba decididamente una actitud ideológica (podríamos decir que la anterior lo hacía por omisión), como lo demostraron los trabajos de Pierre George (1974) e Yves Lacoste (1971), tal vez los geógrafos más leídos en las universidades latinoamericanas a principios de la década de los '70 merced a una temprana traducción española. El embate, siempre furioso, de la Geografía cuantitativa llegó algo tarde a Francia, en la década de los 70, descalificando la Geografía

tradicional (indulgentemente llamándola “clásica”). Y esta posición fue a su vez contestada por la naciente Geografía social y crítica, decididamente ubicada en una posición militante y contestataria. (Robic, 2006)

Se podría pensar que las “tradiciones” intentan poner bajo su manto todas las posibles orientaciones que tuviera la Geografía, y eso tal vez fuera cierto porque en cada tradición subsistían (y subsisten) lo que podríamos llamar acercamientos temáticos, dados por una ubicación objetiva de los trabajos en una problemática que permite desarrollar en su interior la aproximación provenientes de diferentes “escuelas”. Así, se podía pensar en una Geografía física cuantitativa, en una Geografía económica marxista o en una Geografía política crítica. Pero ese acercamiento temático es, podríamos decirlo, poco relevante para una ubicación disciplinaria y simplemente refleja las preferencias epistemológicas de cada investigador aunque influye fuertemente en como la disciplina (y sus cultores) ve los problemas. Pero paralelamente a esa fragmentación, se fue sucediendo otra, que hizo eclosión en los noventas.

UNIDAD Y FRAGMENTACIÓN

Casi desde su inicio como disciplina académica la Geografía estuvo amenazada por el fantasma de la fragmentación y la paralela pérdida de identidad de un centro común. La primera fragmentación, que nunca ha podido realmente volver a unirse, es la separación entre Geografía Física y Humana. No existe posiblemente un geógrafo que no diga que esa separación es inútil y negativa, sin embargo, y en la práctica académica, los que estudian la “naturaleza” y lo que estudian “la sociedad”, aunque eventualmente acepten que los dos trabajan sobre un espacio común (¿la corteza terrestre?), cada vez tienen menos cosas que compartir y más que los separan.

En parte las causas de esta fragmentación se encuentran en el distinto origen institucional de los actuales Departamentos de Geografía, a veces provenientes de otros dedicados a las Ciencias Naturales (por ejemplo, la geología), a veces (y eso es común en América Latina) originados en un desprendimiento de la Historia y por ende ubicados en Facultades de Humanidades. Esto da como resultado que cada rama adopta lo que podríamos llamar la “cultura” de su lugar de origen y, muchas veces, eso significa también el desprecio por las otras “culturas”.

La separación entre Geografía Física y Humana en ocasiones se formaliza en la aparición de unidades académicas diferenciadas, pero la más de las veces hace convivir en una misma a personas que se autodenominan geógrafos pero piensan a esa disciplina en forma totalmente distinta y suelen no dialogar demasiado. Y mientras unos derivan hacia las Ciencias Naturales “duras”, tanto en su forma de definir y analizar su objeto de estudio como en la forma de escribir sus trabajos y los medios en los cuales los publican, y comparten datos, experiencias y métodos con geólogos, ecólogos y climatólogos, los otros derivan hacia las Ciencias Sociales y su cultura, y se mezclan con sociólogos, antropólogos y científicos políticos. (Richards, 2003; Blunt, 2003)

Esta antigua fragmentación se agrava porque dentro de cada rama aparecen campos cada vez más específicos que alejan la posibilidad de una integración. (Goudie, 1986; Harrison, 2004) No es que no existan tendencias para unirlos, pero aun los que prefieren enfocar la disciplina hacia las relaciones entre el hombre y su ambiente no encuentran fácil tender ese puente en forma definitiva (Hanson, 1999; Massey, 1999; Turner, 2002). Como veremos más adelante, es posible que la cuestión ambiental sea uno de los posibles puentes de entendimiento, aunque más no sea por la creación formal de una Geografía Ambiental.

Esta tendencia centrífuga llevaría a la Geografía a acercarse a los bordes disciplinarios que comunican con otras disciplinas, los cuales, según Dogan y Phare (1993), son los lugares adonde se producen las innovaciones del conocimiento. Esta dinámica, muy evidente para quien sea capaz de quitarse por un momento sus anteojeras disciplinarias, volvería a poner a la Geografía en esa posición adonde alguna vez se la quiso ubicar, como bisagra entre ciencias y una disciplina orgullosamente generalista. Pero, y como señalan también Hiernaux y Lindón (2006), esta tendencia es paralela a otra de intercambio de conceptos con otras disciplinas: hace mucho que la Geografía ya no es más la dueña exclusiva de conceptos como los de territorio o paisaje, que han sido captados, modificados y utilizados provechosamente por otras disciplinas. Pero también ha sabido utilizar para su provecho otros como los de ambiente o movimiento social.

Y tampoco la Geografía ha podido apartarse del frenesí de los llamados “giros”, que parecerían ser movimientos hacia una mejor comprensión entre disciplinas: la Geografía adoptando el giro cultural, la sociología adoptando

un giro geográfico, Paul Krugman reconociendo un giro geográfico en la economía (Levy, 1999).

LA GEOGRAFÍA AL SUR

Las tradiciones geográficas nunca estuvieron homogéneamente distribuidas en los países del mundo ni fueron universales, y en general partieron de los más desarrollados para introducirse con posterioridad en otros países con tradiciones propias más débiles o inexistentes. Pero este pasaje no fue simple ni fácil ni produjo resultados homogéneos. Un buen ejemplo es el caso de América del Sur, y específicamente los de Brasil y Argentina.

De entre todas las tradiciones que se volcaron hacia estos países, solo del regionalismo se podría decir que, teniendo en cuenta el entusiasmo con que fue aplicada, era una tradición con pretensiones de universalidad. De hecho, esta tradición pasó a ser en muchos países la Geografía “oficial” (esto es, la que se enseñaba en las escuelas), y por lo menos en la Argentina, se transmitió en una versión mecanicista e inventarial a la enseñanza escolar, separando tajantemente el mundo natural (la Geografía Física) del “humano” (la Geografía Humana) y desarrollando en cada caso una serie de temas rígidamente aislados y estructurados (posición, fronteras, geología, climas, población, etc.). Visión que por otra parte le ha dado muy mala fama a la Geografía como una disciplina aburrida e irrelevante basada en la memorización de un repertorio de datos y nombres. Aunque es muy notable la evolución de los textos utilizados en la escuela hacia versiones más modernas, esa imagen pública todavía subsiste (Quintero Palacios, 1999 y 2002).

La llegada a estos puertos de otras tradiciones y escuelas generadas en el Norte, como el cuantitavismo, el humanismo, la Geografía radical o el posmodernismo, se realizó en un contexto institucional diferente al que había tenido la tradición regional. En el ínterin en varios países había producido un gran desarrollo del sistema universitario y de las comunicaciones globales, que recibieron más o menos críticamente estas nuevas tradiciones. Por ejemplo, la tradición cuantitativista, aparte de su poca capacidad para transmitir su hallazgos mas allá de un círculo áulico de conocedores de la estadística y las matemáticas, para aplicarse en nuestro países tenía un problema grave: se carecía de un sistema de producción de datos de una escala, frecuencia y cali-

dad como exigían las nuevas metodologías cuantitativas (Correia de Andrade, 1986). En parte – y solo en parte – eso fue solucionado por la aparición de los Sistemas de Información Geográfica, que se podrían pensar como una visión edulcorada del paradigma cuantitativo original. Digo solo en parte porque si bien la información espacial fue solucionada por el uso de imágenes satelitarias, todavía en muchos países no existe una información estadística de similar escala y frecuencia referidas a las características del ambiente y las actividades de la sociedad.

Como dijimos, el mecanismo mas usual de transmisión de tradiciones intelectuales es a través del sistema de enseñanza universitaria y de los canales de producción científica por lo general asociados a ella. Pero en América del Sur la Geografía en las universidades fue muy tardía con respecto a la europea o norteamericana: Brasil, el país de América del Sur por lejos hoy más adelantado en el desarrollo de la Geografía, recién tuvo su primera carrera de grado en la década del treinta, y en la Argentina veinte años después (Souto, 1996). A eso hay que unirle un hecho importante, que en buena medida habla de cuales eran los sistemas de dispersión del conocimiento: la llegada de las tradiciones tenían, creo, mucho más que ver con la llegada de profesores universitarios de Europa que de la lectura de las pocas y selectas publicaciones de la época. Así fue como en Brasil Pierre Monbeig difundió de alguna manera la tradición regionalista, como Demangeon lo había hecho con la Geografía física (Monbeig, 1984).

En la Argentina la situación fue algo diferente, por el retardo y aislamiento de la aparición de Geografías universitarias: hubo influencia tardía de la escuela francesa en Cuyo a través de Romain Gaignard, y la Universidad de Tucumán recibió una serie de geógrafos alemanes, que al retirarse años después no dejaron huellas ni discípulos formados (Bolsi, 1991). Pero en este caso no existió realmente una adaptación de la tradición, sino una absorción más o menos acrítica. Es posible que la fuerte inserción de la Geografía cuantitativa en Brasil en los años setenta haya mostrado la existencia de nuevas formas de dispersión de los paradigmas, a través ya si de revistas y la literatura especializada. Sin embargo, esa misma escuela nunca hizo pie firme en la Argentina, posiblemente porque por casi 20 años a partir de 1966 la vida universitaria argentina fue constantemente interrumpida por la frecuencia de los golpes militares (Cicalese, 2007).

A partir de los sesenta, encontramos un dato fundamental para explicar las relaciones que se generan en las Geografías del norte y del sur: crecientemente geógrafos latinoamericanos partían hacia Europa o los EEUU para hacer sus doctorados, y fueron – y son – a su vuelta los encargados de la distribución y adaptación de las tradiciones absorbidas en esos países.

Una de las causas posibles de la preponderancia de las escuelas francesa en América del Sur es que las corrientes anglosajonas no se preocuparon por enviar profesores a estos países para que, como si hicieron los franceses, difundieran sus ideas. Durante mucho tiempo la única relación que existía con los EEUU eran los frecuentes viajes de doctorandos para realizar tesis sobre nuestros países, una costumbre generalmente muy ventajosa para las universidades de origen pero de muy poco valor para nosotros, ya que todavía hoy muy pocos de los investigadores extranjeros se preocupan por difundir el producto de sus trabajos entre los que les dieron información y albergue. Un ejemplo para la Argentina: el mejor trabajo de Geografía histórica del nordeste del país fue hecho por un geógrafo norteamericano y publicado en ese país, y nunca fue traducido ni publicado en la Argentina (Eidt, 1971). Cientos de tesis doctorales norteamericanas, inglesas y francesas han quedado escondidas en oscuras bibliotecas en sus países de origen, sin ninguna utilidad para nosotros.

La relativa estabilidad de las universidades de América del Sur permitió que a partir de los 80 las influencias superpuestas de las Geografías europeas y norteamericanas fueron más notables, a lo que ayudó – sobre todo en Brasil – la existencia de una “masa crítica” de geógrafos (crítica en el sentido de tamaño mínimo necesario y no necesariamente de su actitud metodológica) que pudiera absorber estas tradiciones, como se puede ver con el notable éxito que han tenido los Encuentros de Geografía de América Latina (EGAL) que ya va por su decimosegunda realización y atrae a miles de geógrafos del continente.

Al igual de lo que sucedió en casi todas las otras ciencias (incluidas las llamadas “duras”) la relación Norte- Sur en la Geografía ha sido siempre desigual. Desigual porque comenzó con una especie de clientelismo académico, donde universidades del norte (sobre todo en el caso francés) patrocinaban a su jóvenes investigadores para que fueran al “colonizar” el trópico, donde en vez de propagar el evangelio lo hacían con su particular tradición geográfica,

estableciendo así una larga y fructífera relación de patrón- cliente. Y desigual porque todavía hasta hoy es muy difícil para los geógrafos latinoamericanos publicar en las revistas del norte y así, por lo menos, poder tratar de hacer presentes sus ideas y sus disidencias.

LA CUESTIÓN AMBIENTAL Y LA GEOGRAFÍA

Como vemos, la geografía en América Latina es una disciplina joven, pero que ha nacido con los problemas de una ciencia más madura. Mas allá de la retórica, vale la pena buscar caminos de interrelación entre sus fragmentos dispersos, y uno de esos caminos es buscar temas comunes que constituyan desafíos hacia adelante y no miradas hacia atrás.

Uno de los muchos desafíos que tiene la geografía moderna es como encara el tema del ambiente. Para algunos, no hay demasiada diferencia entre lo que hoy se conoce como el “ambiente natural” y los fenómenos que antes estudiara la Geografía Física. Pero a poco que analicemos este tema, veremos que comienzan a surgir varios problemas. El primero es, evidentemente, de definición conceptual: ¿Qué es el ambiente?

En primer lugar hay que ubicarse en que visión de la naturaleza nos encontramos, respondiendo a una pregunta simple: ¿el hombre está fuera o dentro de la Naturaleza? (Williams, 2000) Si nos ubicamos en la primera opción, evidentemente podríamos hablar del ambiente natural (esto es, la expresión de la naturaleza en un ámbito concreto), en el cual el hombre y sus obras no tienen ingerencia, que sería el escenario preferido de la Geografía física, disciplina que como vimos tiene una larga historia y una tradición propias. Pero si nos ubicamos en la segunda opción, habría que considerar al “ambiente” en el cual vivimos como el *continuum* de elementos naturales, naturales modificados y artificiales que constituyen el ámbito concreto que nos rodea, más afín a la Geografía humana y a lo que se conoce como la tradición hombre-medio. (Reboratti, 2000)

Esa ubicación previa en lo que podríamos llamar distintos paradigmas también nos va a llevar a dos variantes distintas de pensar como nos relacionamos con ese ambiente. Si consideramos el ambiente solo a lo natural, esa relación va a ser forzosamente una de antagonismo y la acción humana se va a considerar como un “disturbio” o una “intervención”. En cambio, si

tenemos una visión más amplia del ambiente, esa relación surge de las consecuencias de utilizarlo como fuente de recursos y servicios, lugar de habitación y actividad y depósito de residuos.

Tanto si las vemos como un escenario ajeno a la actividad humana como si la vemos como una parte integrante de nuestra cotidianeidad, es evidente que entre la sociedad y el ambiente se establece una interrelación, donde ambos se influyen mutuamente.

Esta interrelación es compleja y dinámica, al incluir escenarios, actores y procesos que se manejan y despliegan en diferentes escalas espaciales y temporales, con muchos puntos de fricción que definen umbrales de criticidad muy variables en los momentos de articulación. La interrelación sociedad/ambiente produce un espiral de efectos recíprocos, enmarcados en una causalidad compleja y circular, cuyo conocimiento exige el análisis de sus múltiples elementos y dimensiones, con la aplicación creciente de inversiones dirigidas a mejorarlo y buscar las soluciones, adaptaciones, mitigaciones o paliativos. La búsqueda de una adecuada interrelación entre la sociedad y su ambiente tiene como objetivo lograr una forma de desarrollo de la sociedad sustentable en lo ambiental, social y económico y sostenible en el tiempo.

El reconocimiento de los problemas, conflictos y acciones que implican la “cuestión ambiental”, se define en recortes territoriales distintos según hablemos de Geografía Física o Humana. Aunque en ambos el recorte territorial surge primero de una aproximación temática, en el caso de la Geografía Física el recorte territorial se corresponde con el ámbito y la escala de ese tema. Pero en la Geografía Humana es difícil apartarse en una segunda instancia de una adscripción territorial escalar que se corresponde con unidades político-administrativas específicas (países, estados, provincias, municipios, etc.). Esta fragmentación tensiona la relación sociedad/ambiente y al mismo tiempo las posibilidades de integración entre distintos enfoques, al determinar escalas territoriales y temporales casi incompatibles entre una y otra.

Uno de los casos más claros de este problema se encuentra en la utilización de la idea de cuenca hidrográfica como unidad de análisis: si este concepto tiene un sentido claro para las vertientes naturales, y se trata de una forma útil y práctica de delimitación, no lo es tanto para una aproximación desde la sociedad. La cuenca no es un concepto que maneje la propia población involucrada, ni como fuente de identidad territorial ni como adscrip-

ción vital, mientras que si lo hace con las particiones territoriales políticas. Pero a su vez éstas muy pocas veces tienen en cuenta el ambiente natural para sus delimitaciones. A modo de ejemplo: en la Argentina hay cerca de 450 unidades administrativas territoriales menores (llamadas departamentos y ubicadas jerárquicamente por debajo de las provincias), sin embargo solo una coincide con una cuenca hidrográfica.

¿Qué ámbitos afecta la relación sociedad-ambiente? Por una parte podríamos pensar que, a la manera que lo hacen los movimientos conservacionistas, fundamentalmente al ambiente “natural”, que sería necesario preservar en un estado lo más cercanamente posible a su situación original (cualquiera sea el alcance que le demos a esa palabra). De allí que muchas veces la Geografía Física se aproxima a los problemas ambientales desde un punto de vista que podríamos llamar –algo forzosamente– “ecocéntrico”. Pero también los problemas ambientales repercuten en la sociedad, tanto en su economía (lo que podríamos llamar un “conservacionismo especulativo”), como en su calidad de vida (o bienestar, por utilizar una palabra más antigua). Según que ángulo de análisis tomemos, los parámetros que deberíamos utilizar para medir la magnitud del problema cambiarán, y también cambiarán y deberían sopesarse las diferentes urgencias que surgen de tomar uno u otro aspecto.

Como intelectuales, aun cuando aceptemos la existencia evidente de aquella interrelación sociedad/ambiente, se podría decir que hasta ahora hemos puesto más énfasis en analizar a cada uno de los extremos, mientras hemos mirado poco la propia interrelación. Pecando de sensibleros, desde la Geografía Física podríamos decir “en un principio fue el ambiente”. E inmediatamente agregar, desde la Geografía Humana “y luego nos dedicamos a olvidarnos que existía”. *Environment, milieu*, medio ambiente (en español y para reafirmar nuestra fama de tremendistas, lo hemos reforzado con una palabra redundante) son todos términos que significan lo mismo: en definitiva, el mundo que nos rodea y del cual formamos parte.

LA CUESTIÓN AMBIENTAL EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Antes de discutir la relevancia del tema ambiental para la creación de un puente integrador dentro de la Geografía, es útil salirse un poco de la disci-

plina para ver como el tema ambiental puede actuar en otras circunstancias como elemento de interrelación entre visiones aparentemente disímiles.

Los que primero hablaron del ambiente como entorno fueron los ecólogos, los que tal vez llevados por un exceso de celo, durante largo tiempo se dedicaron a analizar ese ambiente en todos sus detalles, escalas y componentes, salvo uno: no estaban interesados en el hombre como parte del mismo. Para la Ecología clásica, el hombre interfería en el mismo, en sus propios términos, “intervenía” con su actividad en el normal desarrollo de los ecosistemas generando “disturbios”. Esa posición original de la ecología hacia el hombre (permeada también por una actitud de sospecha hacia las Ciencias Sociales en general) produjo una de las principales barreras que todavía median entre los estudios ambientales ecológicos y el análisis de la actividad humana, y que en alguna medida podría extenderse a algunos cultores de la Geografía Física. Lo que no deja de ser penoso, no solamente porque esto dificulta un diálogo necesario sino también porque las Ciencias Sociales y las Humanidades podrían aprender mucho de la Ecología y viceversa.

En las disciplinas humanísticas, sociales y territoriales, la perspectiva de lo ambiental jugó un papel que variaba de la total negación a asignarle un papel siempre menor, solo a veces incluyendo algún factor ambiental a sus trabajos (el clima, el suelo, los procesos catastróficos). El ambiente era, por así decirlo, la hermanita pobre de las humanidades y las ciencias sociales.

Sin embargo, todo comenzó a cambiar a partir de una fecha que podríamos ubicar alrededor de los 60. En esos momentos comenzó, por la superposición de una serie de factores coincidentes, el nacimiento de la conciencia ambiental o, como dio en llamarse, “ecológica”. Para esto ayudaron por un lado las ideologías “verdes” al estilo hippie, la masiva difusión de trabajos que predecían una catástrofe planetaria relacionada al aumento de la población, la conferencia de la UN sobre medio ambiente realizada en Estocolmo en 1972 y, posiblemente, la necesidad de buena parte de la clase media de aferrarse a una nueva utopía. Con cierta lentitud de reflejos y algo de oportunismo, las ciencias sociales respondieron a esa nueva temática, que (entrando en el campo de la pura especulación) no es seguro que hubiera surgido espontáneamente. Pero la inclusión de lo ambiental en las ciencias sociales estuvo lejos de ser fácil y ordenada: fue y es, por el contrario, difícil y caótica.

En ese sentido, la dificultad que se presenta para analizar lo que podríamos llamar “la cuestión ambiental” es la multiplicidad de sus facetas. En el campo de lo público, conviven por un lado una noción popular del término que confunde alegremente ambiente, ecología y conservacionismo. Por otro hay una dimensión profesional, ligada a la creciente necesidad de conformar equipos que traten el tema ambiental para satisfacer las necesidades de consultoría. Están también las posiciones “internacionales”, relacionadas con las numerosas agencias que tratan el tema. Y por supuesto hay activos movimientos ecologistas y partidos políticos que de una u otra manera se refieren a lo ambiental.

En el terreno específicamente académico la situación no es menos complicada. Además de una aproximación estrictamente ecológica hay otras muchas miradas posibles a lo ambiental y ángulos y escalas de visión diferentes, como los de la historia, la economía, la sociología, la geografía o el urbanismo, entre tantos otros. En algunas disciplinas el tema ha tenido una inclusión relativamente inocua (en la sociología por ejemplo, que ha mostrado una notable resiliencia), en otras, como la economía, ha producido una especie de revolución epistemológica, o por lo menos lo quieren así los cultores de la economía ecológica (Martínez Alier, 1999). Y en otras la relación es muy difícil, como en el caso de la Historia, que siempre fue renuente a integrar el tema, salvo en el caso de Ferdinand Braudel, que no creó una escuela que siguiera con esa vía. (Braudel, 2001). Sólo cuando apareció en los últimos años un grupo de historiadores, geógrafos y sociólogos desarrollando lo llamada “Historia ambiental” es que ese tema comenzó a tener relevancia, aunque no realmente aceptado por la comunidad de historiadores (Hornborg, McNeill y Martínez Alier, 2007).

Los investigadores se han acercado al tema ambiental de muchas formas y tomando diferentes factores, analizado temas como la relación entre ambiente y población; la visión y percepción que tiene la sociedad o parte de ella con respecto al ambiente; el crecimiento y evolución de los movimientos sociales ligados al tema ambiental o la historia de los cambios ambientales, todos reunidos alrededor de una temática común, pero fragmentada y deformada por la adopción de escalas territoriales, temporales y disciplinarias diferentes, que van de lo local a lo global y de lo individual a lo colectivo, de lo estrictamente actual a lo que sucedió en el fondo de la historia. De una

forma u otra, la temática ambiental ha permeado a muchas disciplinas, ha reverdecido en otras e incluso, podríamos decir, ha creado una nueva forma de mirar lo que nos rodea.

La relación que existe entre las diferentes actividades de la sociedad y la degradación del ambiente fue tomada hasta hace relativamente poco tiempo como un sistema de causalidad unidireccional. Por una parte parecía evidente que el hombre activamente contaminaba, erosionaba, degradaba el suelo, el agua, la flora y la atmósfera, siendo el ambiente una sufrida víctima. Por otro lado, a veces se pensaba que la dirección causal era la contraria: en los casos de grandes sequías y su consecuente proceso de desertificación o en las inundaciones de carácter catastrófico, los factores ambientales eran los que causaban el problema, mientras el hombre era un simple y sufrido espectador. Si bien es cierto que esas posiciones produjeron finalmente lo que podríamos llamar un “sentido común” en el tema ambiental (dando lugar a una posición o bien fatalista o bien rabiosamente “verde”), ha habido un notable cambio y la relación se piensa ahora como más compleja y casi nada se da por seguro como causa o como efecto. De esta manera, si bien se piensa a la sociedad como interviniendo con sus diversas actividades en los procesos ambientales, también es tenida en cuenta la propia dinámica de estos procesos y la necesidad de un conocimiento detallado de los mismos. De esta manera los supuestos impactos recíprocos entre lo que podríamos llamar el sistema natural y el social no se toman acríticamente, sino que se analizan en tanto construcciones socialmente determinadas, muchas veces deformadas por una evaluación sesgada o simplemente incorrecta. Es con esa visión que se han analizado temas como el de la degradación de suelos, la desertificación o el problema de las inundaciones.

Una dimensión diferente y que no trata ya directamente sobre los problemas de origen ambiental sino sobre las reacciones sociales que estos generan, son los trabajos sobre la respuesta de la sociedad a la cuestión ambiental. Abundan los trabajos sobre los movimientos sociales ligados al tema ambiental, sobre la aparición y decadencia de los partidos “verdes”, sobre las posiciones ideológicas con respecto al ambiente. Por su propia historia, es evidente que la mayor cantidad de bibliografía se encuentra para los casos de Europa y USA, donde los movimientos ambientalistas son de más larga data y, en el caso de Alemania e Italia, han dado lugar a la formación de partidos políticos “verdes”,

que han tenido un momento de auge y otro de decadencia, a medida que sus banderas reivindicatorias eran cooptadas por los partidos políticos clásicos y también cuando demostraron la confusión de sus posiciones por fuera de lo estrictamente ambiental. En América Latina la situación es diferente y los movimientos ambientalistas están por lo general en una etapa de maduración, más cercana a la denuncia que a la producción de información que sustente sus protestas. En algunos casos han sido copias fieles de sus contrapartes europeas o norteamericanas, levantando banderas muchas veces ajenas a la realidad y moviéndose exclusivamente en un medio de capas sociales medias urbanas. Pero por otra parte ha habido una gran cantidad de movimientos sociales que antes se encontraban ajenos al tema (campesinos, indígenas, vecinalistas) que han adoptado algunas consignas reivindicatorias ambientales, muchas veces con singular éxito (Gudynas, 1992). Esto ha despertado interés en los ámbitos académicos y posiblemente sea una de las líneas que mayores adeptos está reclutando, ya que en ella coinciden las antiguas tradiciones sociológicas de la preocupación social, con el tratamiento (exterior, pero válido) de la cuestión ambiental. Pero todavía las preocupaciones de las ciencias sociales sobre el tema ambiental no las han llevado a generar en la sociedad un adecuado sistema de acciones y relaciones entre los actores que tienda a adaptar soluciones negociadas en los casos de generación de conflictos socio-ambientales.

¿UNA GEOGRAFÍA DEL AMBIENTE?

Volviendo al caso de nuestra disciplina y su fragmentación, si nos ubicáramos en la que hemos llamado la “tradición hombre-medio”, podríamos ver que es la que más se acerca a la construcción de un puente entre la Geografía Física y Humana. Ese puente, de alguna manera, ha venido a concretarse en la aparición – todavía poco desarrollada pero promisoría – en lo que llamaríamos la Geografía ambiental o Geografía del ambiente. Esto no nos evitaría tener que discutir, como lo hicimos antes, el que consideramos como “ambiente”, pero cualquiera sea la postura que tomemos, parecería claro que por más “dura” que sea nuestra posición con respecto a estudiar solamente lo natural, una forma útil de hacerlo sería tratando de unir las posturas, partiendo de la base de que la solución para cualquier problema ambiental no puede ser solo “física” o solo “humana”. Para ver cuál podría ser el papel

de la Geografía en estos temas, sería útil aproximarnos a algunos ejemplos extraídos del caso argentino.

En este país en los últimos años se han venido sucediendo una serie de conflictos que claramente podríamos definir como “socio-ambientales”, esto es, conflictos que se generan en la sociedad a partir de la detección de modificaciones en el ambiente que a su vez impactan sobre la sociedad. Hay tres casos que son las más evidentes: un conflicto por el uso de los recursos minerales con el sistema de cielo abierto, otro generado por la reacción ante la construcción de una fábrica de pasta de celulosa y finalmente otro generado por la contaminación hídrica en el Área Metropolitana de Buenos Aires. Los tres se ubican en regiones distintas, tiene una extensión territorial que podríamos considerar de escala local, se originan en problemas ambientales diferentes y han tenido desarrollos divergentes.

La contaminación de los ríos que atraviesan el Área Metropolitana de Buenos Aires no es un tema nuevo, ya que se registran quejas de los vecinos por los olores nauseabundos desde comienzos del siglo XIX. Sin embargo, el problema se agravó a partir del acelerado crecimiento de la metrópolis que comienza a mediados del siglo pasado, crecimiento que se hizo sin una planificación urbana ni zonificación territorial de usos de la tierra, ni mucho menos con sistemas eficientes de control de contaminación industrial. La gradual contaminación de las dos cuencas principales (la del Matanzas-Riachuelo y la del Reconquista) se debió a la combinación de diferentes factores: los efluentes industriales no tratados, las basuras arrojadas por los vecinos al curso de los ríos, la presencia de basurales a cielo abierto cerca de las orillas, la conexión ilegal de cloacas al sistema de desagües y la contaminación de las capas freáticas más cercanas a la superficie por el uso masivo de sistemas individuales de disposición de aguas servidas. Esta compleja combinación se une a un problema territorial: el Área Metropolitana se divide en varios municipios ubicados en dos categorías distintas: por una parte la Capital Federal, un estado autónomo de tres millones de habitantes, y por otra una cantidad de Municipios de distinto tamaño que pertenecen a la Provincia de Buenos Aires, cada cual con su propia legislación y diferentes capacidades de controlar el tema de la contaminación. Al contrario de los conflictos que luego analizaremos, en este caso lo curioso es que aunque se trata de un problema que afecta a más de cuatro millones de personas (desde el punto de vista del número de afectados,

es de lejos el problema ambiental más grave que tiene el país), no ha habido un grupo evidente de actores territoriales que planteara el tema y presionara por su solución. Casi se podría decir que las víctimas de la contaminación se han acostumbrado a convivir con ella y su derecho a un ambiente sano se ha transformado en un derecho difuso que no presionan para ejercer. Esto no quiere decir que el tema no se haya planteado, pero los encargados de hacerlo han sido otras instancias institucionales, como ONG ambientalistas no locales, y principalmente la Defensoría del Pueblo de la Nación. Por su parte el gobierno nacional, a través de la Secretaría de Ambiente, ha tratado de encarar la solución del problema mediante la conformación de una comisión ejecutiva, pero la ineficacia de este organismo ha sido tal que ha recibido un severo apercibimiento por parte de la Corte Suprema de Justicia. En este caso no se ha logrado una solución al problema, y esta solo planteado, pero es evidente que esta solución no es un problema solo técnico (Argentina, 2003).

Como todos los temas ambientales, este tiene tales características que hacen imposible que sea analizado y mucho menos solucionado apelando a una sola aproximación disciplinar. Una geografía ambiental amplia de miras encontraría aquí un excelente ejemplo donde los temas específicamente técnicos referidos al ambiente natural (nivel de base ambiental, origen y grado de contaminación, posibles soluciones) se mezclan con otros de tipo territorial (la fragmentación de las responsabilidades administrativas), social (la inacción de los afectados directamente) y política (el diseño de una estrategia efectiva de acción para limpiar los ríos).

Un caso diferente fue el conflicto generado en la Patagonia alrededor de la posible instalación de una mina de oro a cielo abierto. A partir de mediados de los noventa, y merced a una nueva ley de promoción minera, las inversiones extranjeras de ese sector se vieron ampliamente favorecidas, con la intención oficial de la puesta en valor de los grandes yacimientos de minerales que existían en el país y que nunca se habían explotado. Las características de los mercados internacionales, su preferencia por minerales como el oro y la plata, los adelantos técnicos y la gigantesca escala de las compañías mineras hicieron que la forma de explotación que estas prefirieron era la del tipo de "cielo abierto", esto es, la remoción de grandes masas de material para la extracción química de cantidades relativamente pequeñas de los minerales ubicados en ellas con bajo tenor, utilizando asimismo un gran volumen

de agua. Hasta fines de los 90, esta actividad era relativamente desconocida en el país, así como lo eran los potenciales problemas ambientales que se podían producir. Uno de los lugares elegidos por una compañía internacional minera se encontraba en la Patagonia, más precisamente en el ecotono entre la selva fría y la meseta, y cercana a la ciudad de Esquel. El yacimiento se encontraba cerca de esa ciudad, y cuando se hizo público el tamaño del emprendimiento, la escala de las voladuras que se iban a realizar, el uso masivo de agua y – sobre todo – que el proceso de separación del oro se iba a realizar utilizando cianuro, se generó un movimiento espontáneo de rechazo al emprendimiento, que tomó un ímpetu desconocido en este tipo de temas. Aun cuando la explotación había sido aprobada por el gobierno provincial, la realización de un referéndum entre la población local que dio como resultado un masivo rechazo, y el hecho que el movimiento ambientalista formado se organizó para hacer llegar hasta la propia Corte Suprema de Justicia su reclamo, hizo que finalmente la empresa diera marcha atrás con el proyecto, que nunca se llevó a cabo (Reboratti, 2008).

En este ejemplo hay varios elementos importantes. Por un lado, que aun cuando la empresa manejaba cifras que indicaban que el impacto ambiental iba a ser muy bajo, los ambientalistas poseían otras que mostraban lo contrario, lo que muestra algo que a veces los investigadores provenientes de las ciencias exactas y naturales se les hace difícil entender, y es que la ciencia ha perdido buena parte de su capacidad de aparecer como un árbitro objetivo e imparcial, y que distintos sectores se pueden apoyar en datos contradictorios que pueden tener el mismo cariz de seriedad. Relacionado con esto, en este tipo de conflictos lo que la población – o la parte de ella interesada en el tema – cree sobre los temas ambientales (sean eventos catastróficos o los impactos generados por la actividad económica) es tanto o más importante que lo que realmente podría suceder. De aquí podríamos extraer una primera conclusión: una producción minera (o de algún otro tipo) de similares características va a tener mayor o menor aceptación en contextos geográficos y sociales distintos. En el caso de la minería a cielo abierto, en la misma Patagonia hay en explotación, en otras áreas, varios yacimientos en plena actividad que no han generado, hasta ahora, ningún tipo de conflictos, y en otros lugares del país la actividad a veces se ha encontrado con un gran rechazo y en otros se ha desarrollado en gran escala.

Otra vez nos encontramos con un caso donde es evidente la necesidad de una visión que combine lo que podríamos llamar en forma muy resumida lo físico y lo humano, tanto para acercarse académicamente al problema como para aportar alguna solución al mismo.

Finalmente es importante analizar lo que seguramente es el conflicto socio-ambiental más resonante en el país, el de la oposición a la instalación de una gran fábrica de pasta de celulosa en la margen izquierda del río Uruguay.

Desde fines de la década de los ochenta, el Uruguay había iniciado una política muy activa de forestación con el propósito de crear una cadena agro-industrial alrededor del tema del aprovechamiento de la madera. Como culminación de la misma, hacia fines de la década siguiente se comenzó la planificación de dos fábricas de pasta de celulosa sobre la margen izquierda del río Uruguay, que es la frontera con la Argentina. Estas fábricas respondían a inversiones de España y Finlandia, a través de compañías de ese origen que ya habían iniciado forestaciones unos años antes. El anuncio de la construcción de estas fábricas generó la preocupación por sus potenciales efectos contaminantes en la ciudad de Gualeguaychú, ubicada en la margen argentina del río, frente al sitio de instalación de dichas fábricas (aunque cabe aclarar que allí el río tiene diez kilómetros de ancho). Esto resultó en la formación de un movimiento ambientalista local y espontáneo. Si bien esta preocupación se basaba en la historia de contaminación que este tipo de instalaciones había tenido en otros países (y que todavía tiene en la propia Argentina), desde un principio este movimiento ambiental se ubicó en una cerrada negativa a la propia instalación de las fábricas. Pero esta posición evidentemente se complicaba por el simple hecho de que las mismas se ubicaban en otro país, aun cuando se compartía el uso de un mismo río. El complejo conflicto fue creciendo y cambiando de escala, y pasó de ser un problema local a otro internacional, a medida que la movilización de los ambientalistas tomaba actitudes cada vez más radicalizadas (finalmente ocuparon un puente internacional y cerraron el tránsito en el mismo desde hace cuatro años hasta nuestros días). Una de las fábricas decidió reubicarse aguas abajo, pero la otra construyó la planta y comenzó su producción a fines del 2008. En el ínterin, la tensión diplomática entre Uruguay y la Argentina crecía, y finalmente desembocó en la apelación al Tribunal Internacional de la Haya. Aunque la posición de los ambientalistas se basaba en la potencial contami-

nación que iba a producir la pastera, la misma nunca pudo ser probada, por lo que finalmente el tribunal de La Haya decidió que no existían motivos para que la planta fuera cerrada y dio por terminado el tema. El resultado final del conflicto es que la fábrica de pasta de celulosa funciona solo bajo el control ambiental de Uruguay, mientras los ambientalistas, al jugar al todo o nada, han quedado aislados en un reclamo que ya no tiene ninguna posibilidad de éxito, sin poder participar en el monitoreo de la planta, y además poniendo al gobierno nacional en una situación muy difícil al no poder ya justificar el prolongado cierre del puente internacional más importante que une a los dos países. (Palermo y Reboratti, 2008)

Otra vez, con este ejemplo, podemos ver como la visión estrictamente técnica no es suficiente para solucionar los problemas ambientales, es evidentemente un elemento de importancia, pero su utilidad solo se puede apreciar si se la ubica en un contexto más amplio.

CONCLUSIONES

A través de las reflexiones sobre el desarrollo de la Geografía y de los ejemplos que hemos dado, podríamos extraer algunas conclusiones, discutibles y no finales como deberían ser siempre ellas.

En primer lugar, creo que a esta altura del desarrollo de nuestra disciplina, la separación entre Geografía Física y Geografía Humana (o tal entre las geografías físicas y humanas) es insalvable. Es poco útil y bastante fantasioso pensar que tendremos alguna vez una sola Geografía, sobre todo pensando que, como sucede en otras ciencias, el movimiento es centrífugo a partir de la fragmentación de las disciplinas en distintos campos, y que esa fuerza centrífuga, en todo caso, lo que hace es acercarnos a otras disciplinas más que a los fragmentos de la nuestra.

En segundo lugar, ¿es esta separación y fragmentación tan negativa? Podríamos utilizar metafóricamente la teoría del “efecto borde” de los ecólogos para analizar como la fragmentación debilita a una disciplina, pero a su vez como ese mismo efecto potencia las posibilidades de salirnos del apretado y antiguo corset del positivismo e intercambiar ideas, nociones, conceptos y métodos con otras disciplinas que están sufriendo exactamente el mismo fenómeno. Así, el efecto centrífugo simultáneo en varias disciplinas puede

dar como resultado la formación de nuevos y más interesantes campos del conocimiento.

En tercer lugar, si bien podríamos olvidarnos de buscar una Geografía única, lo que sí podemos hacer es buscar puentes que nos relacionen con nuestros ahora lejanos colegas, y la oportunidad de la cuestión ambiental es uno de esos puentes. Geografía Física y Geografía Humana pueden trabajar juntos en estos temas, apoyándose la una en la otra, reforzándose por la adopción conjunta de una visión amplia y buscando, entre otras cosas, llegar a la comprensión de uno de los temas más acuciantes de nuestra época y que a través de esa comprensión podamos colaborar con la búsqueda de su solución.

REFERENCIAS

- Argentina (2003) *Matanza- Riachuelo, la cuenca en crisis*. 4 Tomos, Defensor del Pueblo de la Nación, Buenos Aires.
- Blunt, A. (2003) "Geography and the humanities tradition" S. Holloway et al (ed.) *Key Concepts in Geography*. Sage, London: 73-94.
- Bolsi, A. (1990-1) "Evolución del Pensamiento Geográfico Argentino". *Anales de la Academia Nacional de Geografía* N°14-15.
- Braudel, F. (2001) *El Mediterráneo en tiempos de Felipe II*, FCE, México.
- Brunn, S. (2000) "Geography: the Word around the World", en *Annals of the Association of American Geographers* 90 (4).
- Capel Horacio (1981) *Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea*. Barcano-va, Barcelona.
- Cicalese, G. (2007) "Ortodoxia, ideología y compromiso político en la Geografía argentina en la década de 1970". *Biblio 3W Revista Bibliográfica de Geografía y ciencias sociales*. Universidad de Barcelona, XII (767) [www.ub.es/geocrit/b3w-767.htm].
- Correa de Andrade, M. (1986) *Tendencias atuais da geografia brasileira*. Editorial ASDA, Pernambuco.
- Dogan, M. y Pahre, R. (1993) *Las nuevas ciencias sociales*. Grijablo, Barcelona.
- Eidt, R. (1971) *Pioneer Settlement in Northeast Argentina*. The University of Wisconsin Press, Madison.
- George, P. (1974) *Geografía Rural*. Ariel, Barcelona.

- Goudie, A.S. (1986) "The intersection of human and physical Geography", *Transactions of the Institute of British Geographers* 11(4): 454-458.
- Gudynas, E. (1992) "Los múltiples verdes del ambientalismo latinoamericano", *Nueva Sociedad* 12(6): 38-49.
- Hanson, S. (1999) "Isms and Schisms: Healing the Rift between the Nature-Society and Space-Society Traditions in Human Geography", *Annals of the Association of American Geographers* 89(1): 133-143.
- Harrison, S. *et al* (2004) "Thinking across the divide: perspectives on the conversations between physical and human Geography", *Area* 36(4): 435-442.
- Hiernaux, D. y A. Lindón (2006) "La geografía Humana: un camino a recorrer", D. Hiernaux, y A. Lindón (ed) *Tratado de Geografía Humana*. Anthropos-UN Metropolitana, Barcelona.
- Hornborg, A., J. McNeill y J. Martiez Alier (ed.) (2007) *Rethinking Environmental History*. Altamira Press, Nueva York.
- Johnston, R.L. (1998) "Fragmentation around a Defended Core: the Territoriality of Geography", en *The Geographical Journal* 164 (2).
- Lacoste, I. (1971) *Geografía del subdesarrollo*. Ariel, Barcelona.
- Levy, Jaques (1999) *Le tournant géographique. Penser l'espace pour lire le monde*, Belin, Paris.
- Livingstone, D. (1995) "Geographical traditions", *Transactions of the Institute of British Geographers* 20.
- Livingstone, D. (1992) *The Geographical Tradition*. Blackwells, Oxford.
- Martínez Alier, J. (1999) *Introducción a la Economía Ecológica*. Rubes, Madrid.
- Massey, D. (1999) "Space, time, "science" and the relationship between physical Geography and Human Geography", *Transactions of the Institute of British Geographers* 24 (3): 261-276.
- Monbeig, P. (1984) *Pioneiros e fazendeiros de Sao Paulo*. HUCITEC-POLIS, Sao Paulo.
- Palermo, V. y C. Reboratti (ed.) (2007) *Al otro lado del río. Ambientalismo y política entre uruguayos y argentinos*. EDAHSA, Buenos Aires.
- Pattison, W. (1990) "The Four Traditions in Geography", en *Journal of Geography* 89 (15): 202-206.
- Peet, R. (1998) *Modern Geographical Thought*. Blackwells, Oxford.
- Quintero Palacios, S. (1999) "El país que nos contaron. La visión de la Argentina en los manuales de Geografía (1950-1997)", *Entrepasados* 16: 135-154.

- Quintero Palacios, S. (2002) "Geografías Regionales en la Argentina. Imagen y valorización del territorio durante la primera mitad del siglo XX" *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* VI (127). <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-127.htm>.
- Reboratti, C. (2000) *Ambiente y sociedad, conceptos y relaciones* Ariel, Buenos Aires.
- Reboratti, C. (2008) "Environmental conflicts and environmental justice in Argentina", en D. Carruthers (ed.) *Environmental Justice in Latin America. Problems, Promise and Practice*. MIT Press, Cambridge: 101-118.
- Richards, K. (2003) "Geography and the physical sciences tradition", S. Holloway et al (ed.) *Key Concepts in Geography*. Sage, Londres: 29-50.
- Robic, M. C. (comp.) (2006) *Un grand XX siècle de géographie française*. Association pour la diffusion de la pensée française (www.lib.vitebsk.net/PDF/np-06-2007.pdf).
- Robinson, L. (1976) "A new look at the four traditions in Geography", *Journal of Geography* 75: 520-30.
- Souto, P. (1996) "Geografía y Universidad. Institucionalización académica y legitimación científica del discurso territorial en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires", *Cuadernos de Territorio* 8. Instituto de Geografía. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Turner, B. L. (2002) "Contested Identities: human Environment, Geography and Disciplinary Implications in a restructured Academy", en *Annals of the Association of American Geographers* 92(1): 52-74.
- Williams, R. (2000) *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Nueva Visión, Buenos Aires.